Q-4R3NT3N4

Blanc Neck

Capítulo 1

Capítulo 1: Desesperación

-No me hables más, joder. ¡Para!

Día 92 de la cuarentena. Todo lo que se decía sobre el virus; las especulaciones, las exageraciones, los mensajes positivos, las cifras… Todo, todo mentira. Nadie fue capaz de decirnos lo que nos iba a pasar, aún sabiéndolo.

Jamás comprenderé como alguien puede tener información valiosa para la sociedad y callársela por una ridícula orden de un superior, o para evitar males mayores. Tengo derecho a saber si voy a morir ¡JODER!.

Primero vino el absoluto confinamiento, ya nadie trabajaba, nadie, incluidos los médicos. Después nos dijeron que selláramos puertas y ventanas y que bajásemos las persianas al máximo. Por último, la televisión dejó de emitir. Llevo 23 días sin ver la luz del sol. No sé si es de día o de noche. Mi padre, con el que vivo desde que mis padres se divorciaron, lleva enfermo 13 días, 5 sin comer y 3 sin beber ni una gota de agua. Si no hago algo morirá. Y a mis 21 años nadie me dijo que debía hacer ante esta situación.

-¡Qué te calles joder!

-Cállame tú, soy tu cerebro, tú mandas sobre mí, no yo sobre ti ¿O no, Cristian?

Sí, sí, mando yo, ahora ni una palabra más.

-¿Qué es eso?

-¡El qué!

¡Mierda! Es papá, está tosiendo sangre. No puedo quedarme aquí. Tengo que salir a buscar ayuda. Me visto, me tapo bien, los ojos, la boca, la nariz y los oídos y voy corriendo al centro médico del barrio.

¡Los guantes! ¡Que no se me olviden los guantes! Llenaré una mochila con algo de comida que quede en casa.

-¿Y si no vuelves?

-¡Volveré! ...espero…

A penas quedaban 2 latas de atún y un bote de comida para perro que no se acabó Tommy antes de morir y encima estaba caducado. Genial.

Quité los abrigos que tapaban las rendijas de la puerta principal y me dispuse a abrir.

Me daba pánico contagiarme nada más salir, llevaba semanas sin tener noticias, no sabía cómo había evolucionado la situación.

Ni si quiera sabía si mi padre me habría contagiado, yo no notaba nada, siempre mantuvimos las distancias e íbamos cubiertos de cabeza a pies. Es curioso como mi viejo no le tenía miedo al coma etílico, pero era un paranoico para los gérmenes. El bueno de Manolo "El moreno" incapaz de cuidar de sí mismo durante toda su vida y queriendo salvar los muebles en el último momento. Lo siento papá, nunca fuiste buen padre pero sé que esto lo hiciste para salvarme a mí. Quizás aquel día que subiste del bar de "El coletas" y pasaste de tumbarte en el sofá para dormir la mona a decirme que trajese monos de trabajo, mascarillas de hospital y guantes de limpieza, quizás ahí tú ya sabías que te habías contagiado. O a lo mejor algún filosofo de barra de bar te metió el miedo en el cuerpo y enfermaste por convicción propia.

Abro la puerta y me sorprendió una tenue luz que el resto de los días de mi vida habría sido prácticamente oscuridad, pero ese leve tono que hacia visible la barandilla de las escaleras del rellano sin necesidad de encender ni una luz, para mí era casi cegador. No sabía si estaba anocheciendo o amaneciendo, nunca había pensado en lo mucho que se parecen ambos momentos del día.

Bajo corriendo y mis zapatillas embadurnadas con alcohol desinfectante rechinan en el suelo de mármol. No se oía absolutamente nada. Cuando llego a la primera planta decido llamar a todas las puertas pero nadie abre. Esto me da que pensar y decido volver a subir llamando una a una a todas las puertas del edificio. Nadie dio señales de vida. Volví a bajar esta vez mucho más lento y pensativo, discutiendo conmigo mismo como suele ser normal en mí.

-Están todos muertos.

-Se han podido ir, tener algún tipo de información que nosotros no y ponerse a salvo.

-¿Y todos se ponen de acuerdo para no llamar a tu puerta?

-Sabes de sobra que todo el bloque odia a papá, así que no me extrañaría, la gente es rencorosa.

-Es una situación de emergencia y lo odian a él, no a ti.

-Te sorprendería la de gente capaz de sacrificar a terceros por una estúpida rencilla.

-¿Sabes qué?, ¡Que les jodan! No los necesitamos.

Abro mi portal y salgo a la calle principal. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Todo está vacío. Persianas de casas y tiendas hasta abajo. A penas quedan 3 coches mal aparcados y con los cristales rotos. Todos los escaparates han sido desvalijados.

-Bueno eso ya pasaba antes de esto.

-Solo enumeraba. Pesado.

Cruzo la calle con una constante piel de gallina que no se separa de mí. Sigo todo recto, después izquierda, paso el parque y la casa del Brian y allí está. El centro médico.

He buscado alguna forma de entrar pero estaba cerrado a cal y canto. Las ventanas están protegidas por una especie de mini puertas para ventanas, en las cuales nunca me había fijado. ¿Cómo se llamará eso?

-Deja de perder el tiempo y entra de una puta vez.

He decido empezar por lo típico, intentar echar la puerta principal abajo, pero solo ha servido para esperar a que me salga un moretón en el hombro. Luego he intentado arrancar un cubre ventanas de esos pero no ha servido tampoco. Así pues, he tomado la decisión de subir de aire acondicionado en aire acondicionado hasta el tejado a ver si puedo entrar por algún lado. Sólo son dos pisos, no creo que me cueste mucho.

El primer objetivo ha sido superado pero mientras intentaba subir al segundo me he escurrido y he caído sobre el del primer piso con tanta fuerza que lo he arrancado de la pared con la suerte de que la pared también ha cedido contra él y ahora hay un hueco por el que cabe por lo menos mi cabeza. La mala noticia es que me he torcido el tobillo y me he rajado una pierna. Pero no pasa nada, me he levantado de un salto por si alguien miraba. El dolor se lleva por dentro.

He estado dando golpes con un bloque de hormigón que usaban para cerrar una valla en el recinto en obras que hay al lado. En menos de 5 minutos, he hundido un ladrillo más hacia dentro y como efecto dominó se ha venido abajo un trozo de muro. Ahora no sólo entro yo entero, entraría hasta una familia del opus cogida de la mano y no se chocarían con nada.

Entré sin dudarlo y un fuerte olor a lejía me mareó. Estaba en el baño de la planta baja.Debería ir a conserjería y mirar el típico mapa del edificio para así saber dónde están las consultas y ver si quedan medicamentos.

-Primera planta, consulta de Don Herminio Villalobos al final del pasillo.

-Segunda planta, consulta… ¡Ah!

Una mano me tocó el hombro. Casi me desmayo.

-¿Qué haces aquí, hijo?

Capítulo 2

Capítulo 2: Una vía de escape

-Per…perdona…no sabía que hubiera alguien.

-Y como no lo sabías, ¿Por qué no echar abajo un muro y poner en riesgo a los demás? -Me regañó

Levanté la vista tras la primera reprimenda que, por su tono, no parecía que fuese a acabar ahí y me fijé en la chapa que colgaba de su uniforme de limpieza. Purificación Pérez, "La Puri"; era la mujer de uno de esos prendas que pasaban los días enteros en el bar con mi padre.

-Lo siento de verdad, es que, verás…mi padre está muy enfermo, si no le llevo algo de medicación pronto no creo que pase de un par de días como mucho.

-¿Qué síntomas tiene?

-Bueno, no sé, no come, ni bebe y por lo que me decidí a venir aquí fue porque empezó a toser sangre.

-Ajá – Sacó unas gafas con cordón de debajo del uniforme y se las colocó quedando sujetas sobre la mascarilla que cubría su rostro. – El virus se ha alojado en los pulmones, déjame ver si encuentro el medicamento adecuado…

Se puso a buscar en un programa informático del ordenador de la conserjería.

-Esta tía está loca.

-Parece que sabe lo que hace.

-¡Qué coño va a saber!, ¡es la limpiadora!

-¿Tienes algún plan mejor?

- ¡Lo tengo! Está en el despacho del doctor. Primer armario, tercer estante.- Intervino Puri cortando mi debate mental

-¿Cómo sabes que debo darle eso?

-¿Sabes que está muy feo cuestionar a tus mayores?

-Sólo digo, que no…

-Mira niño, no me he visto todas las series de médicos, todos los programas de salud y he trabajado limpiando la mierda de estos medicuchos para que ahora vengas tu a ponerme en duda. Coge las pastillas, tapa el agujero y lárgate de aquí.

-Perdona… ya voy.

-¿En serio se cree que por todo eso que ha dicho es médico?

-Ya me he llevado la bronca por tu culpa, no digas nada más.

Entro al despacho, abro el armario y me llevo dos botes de esa cosa.

Estoy un rato tapando el agujero con una lona y "la Puri" me hace atrancar la puerta del baño y taponarla bien "para que no entren intrusos como yo."

-¿Tienes comida? – me pregunta con desdén.

Le tiré mi mochila.

-Sírvete tú misma.

El rostro se le descompuso.

-Veo que los dos estamos en la misma situación. Pero no te preocupes, tengo una idea.

-¿Cuál?

-El supermercado del barrio se comunica con el patio de mi bloque de pisos. Ya que eres un aventurero, podría darte mi llave, entrar al patio e intentar acceder al súper. Trae todo lo que puedas y nos lo repartimos.

-Supongo que te lo debo por la medicina.

-Vas a comer gracias a mí, me sigues debiendo una, cabroncete con suerte.

Ambos reímos hasta que se percató de la herida de mi pierna.

-¿Te has hecho eso cuando has entrado?

-Ah…si…no es nada…-La verdad era que me preocupaba bastante que el virus me entrase por ahí.

-Siéntate ahí, te lo curaré y te vendaré la herida. – dijo con tono maternal.

-Crees que...bueno…es decir…

-Tranquilo, el virus no afecta a una herida abierta en una pierna.

Miré al cielo dando gracias.

-Oye, ¿y cómo es que estás aquí en vez de en casa?

-Bueno, esto no se iba a limpiar sólo. –Sonrió tristemente.

-¿Y tu familia está bien?

-Esto te va a escocer. –Dijo, ignorando por completo mi pregunta.

Intenté hacer memoria sobre su familia y pude recordar que había rumores en el barrio de que su marido había estado en la cárcel por maltrato de género pero no se habían separado. También recordé que tenía un hijo algo mayor que yo que era adicto a las drogas. Ahí me di cuenta de que usaba el trabajo como vía de escape de la situación que vivía en casa y que prefería arriesgarse a enfermar que pasar un minuto más de lo debido con esos dos despojos.

Pero supongo que querrá saber si están bien. Debería preguntarle de nuevo.

-Se va a cabrear.

-Sólo quiero ayudarla.

-Si quiere ayuda que te la pida.

-Las cosas no siempre funcionan así.

Hice caso omiso a mi parte prudente y le pregunté otra vez.

-Puri, ¿quieres que de camino al súper vaya a tu casa a ver si tu familia está bien?

-No quiero saberlo, Cristian. Yo he hecho todo lo que he podido por ellos. Llevo 15 días viviendo aquí y tomé la decisión de marcharme cuando me di cuenta de que me quedara o no, esos dos ya estaban condenados a

morir. Que dios reparta suertes.

-Lo siento, no tenía ni idea.

-Vamos, lárgate antes de que te dé una colleja por romper la pared, que aún no lo he olvidado.

Le sonreí y me marché.

Crucé el barrio hasta el supermercado. Estaba bien blindado. Entré por el portal y llegué al patio. Allí me esperaba otra persiana de la puerta trasera del supermercado. A ambos lados de la puerta había dos respiraderos; de las cámaras frigoríficas, supongo. Me Preparé para otro buen rato de dar golpes hasta que algo ceda. ¡Y voilà!

Arranqué una especie de tubo rodeado de aluminio o algo parecido. Ahora podía colarme con cierta dificultad dentro. Una vez allí busque la puerta de salida y una nueva sorpresa. Una puerta enorme acero, sellada a cal y canto y sin pomo por la parte interior. Sólo con un panel con código o algo así. Después de probar las combinaciones más absurdas la desesperación me llevó a dar golpes a la puerta con todas mis fuerzas. No tardaron en hacerse visibles algunas abolladuras y entre tanto golpe una voz al otro lado me gritó.

-¡Qué haces imbécil!

-Esa voz…